

# **Vocación y misión de los laicos en la iglesia y en el mundo**

*Excmo. y Rvdmo. Sr. D. FERNANDO SEBASTIAN AGUILAR,  
Obispo Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.*

Muchas gracias, señor Presidente, queridos amigos, miembros de la Asociación Católica de Propagandistas. ¡Ojalá mis palabras puedan verdaderamente ayudar en este esfuerzo que están haciendo para fortalecer la vida y las actividades de la Asociación! Lo que sí puedo decirles es que este esfuerzo y estas preocupaciones que ustedes sienten, coinciden plenamente con lo que en estos momentos los obispos españoles consideran como uno de los objetivos de las necesidades, no retórica, sino realmente más urgentes de la renovación espiritual y apostólica de la Iglesia española entera.

En todas las reflexiones que frecuentemente hacen los obispos para poder orientar el trabajo pastoral de la Iglesia, uno de los temas que aparece en primer lugar y cada vez con más claridad, con más fuerza y con más exigencia es la necesidad de contar con un laicado o con una participación activa, responsable, comprometida de los seglares en beneficio de la misión de la Iglesia; de tal manera que, en algunos momentos, he oído yo, entre los obispos, que una de las necesidades concretas que hoy la Iglesia Española siente es la necesidad de recuperar y vitalizar la herencia espiritual, intelectual y apostólica de *DON ANGEL HERRERA*.

\*

...A lo mejor mi exposición digamos que para abrir boca, yo querría hacer mención brevemente de una serie de formas insuficientes de nuestro catolicismo, no con ánimo de detenerme en una postura crítica que no sirve para nada, sino como para que nos sirva a todos de trampolín para centrar nuestra atención a la hora de cuál ha de ser, como reza el título de la conferencia que me han encomendado, «*LA VOCA-CION Y MISION DE LOS LAICOS EN LA IGLE-SIA Y EN EL MUNDO*», ya en el día de hoy y aquí.

Con mucha frecuencia se ha hablado de la existencia de una manera privada o excesivamente privada e individualista de entender nuestro catolicismo, nuestra vida cristiana; a veces, con unos peyorativos que resultan injustos.

Ciertamente, el catolicismo seglar, común, familiar de nuestra sociedad española ha sido, en gran parte, un catolicismo profundo, muy serio, muy exigente, muy vivo... pero en grandes sectores vivido indudablemente con una conciencia social insuficiente. Una conciencia social y pública insuficiente no sólo en los aspectos que afectan a la proyección social de la propia fe cristiana sino en todas sus formas de entender la propia vida, los propios compromisos, los propios esfuerzos. La vida de muchas personas, de demasiadas personas se agotaba, quizás, en el ámbito familiar y profesional sin abrir el horizonte a un exa-

men ni ampliar tampoco los propios compromisos a una responsabilidad directamente social y pública.

Curiosamente, esta manera privatizada de entender la vida cristiana coincide también con una pretensión muy clara, en estos momentos, de la sociedad o de las personas actuantes en la sociedad con una mentalidad laicista. Pretenden recluir a la Iglesia y recluir a los cristianos en las zonas únicamente privadas, decididamente individuales quizás también a nivel familiar y hasta cierto punto profesional... con tal de que no pretendan entrar en colisión con un ordenamiento social y político que ellos pretenden insinuar, pero que desde el momento que es opuesto, contrario, resulta voluntaria e involuntariamente, pero siempre inevitablemente beligerante y discriminatorio, en contra de los que pretenden participar en la vida pública con una concepción sinceramente inspirada en los criterios que nacen de la fe.

Hay también una manera excesivamente clericalizada de entender la participación de los cristianos en la sociedad y en el mundo, concibiéndola como una especie de quintacolumnismo de las instituciones eclesíásticas que cuentan con unos seglares en las instituciones públicas para poder asegurar o favorecer los intereses institucionales y sociológicos de la Iglesia. A veces, la expresión, «servir a la Iglesia», se entiende de esta manera alicorta y pobre, fácilmente vulnerable a la crítica de los laicistas: servir en el mundo de las instituciones sociales o políticas a los intereses institucionales y sociológicos de la Iglesia. No es eso exactamente la misión del laico en el mundo.

Otras veces, con una etiqueta de pretendido modernismo o actualidad o progresismo, la vocación de los seglares en la Iglesia se entiende como una vocación autónoma, me refiero desgajada del resto de las instituciones de la Iglesia, desgajada del magisterio y de la autoridad de los obispos en aquello que les compete, e incluso de la disciplina de la doctrina de la Iglesia, en nombre de una, mal entendida, autonomía de los seglares en su propia vocación. Se pretende establecer un fraccionamiento de la misión de la Iglesia que conduce inevitablemente a los conflictos, a los narcisismos de cualquier manera, a las debilidades. Por este motivo, me parece que no es ocioso el dedicar unos minutos a considerar desde el punto de vista más bien teórico, doctrinal, teológico... unas cuantas ideas que deban situarnos a la hora de analizar más pormenorizadamente cuáles son las características, los contenidos de esta misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

\*

La primera afirmación que yo diría es que ni los laicos, ni los clérigos ni nadie en la Iglesia tenemos una misión propia que sea exclusivamente nuestra. La misión es del conjunto, la misión es de la Iglesia en cuanto tal; ni hay una misión propia de laicos ni hay una misión propia de clérigos, la misión es en su globalidad del «pueblo de Dios», si es que lo entendemos bien, en el cual estamos todos.

¿Cuál es la misión de la Iglesia?... es a la vez fácil y difícil de responder. Es la continuidad en el tiempo y la difusión en el espacio de la misión de nuestro Señor Jesucristo, pero ahí es nada el analizar esos contenidos esenciales de una manera clara y operativa: la misión de Cristo en el mundo. Cristo sintetiza su misión en este anuncio: «*El Reino de Dios está cerca*». El dice que ha venido a anunciar «El Reino de Dios». Anunciar «El Reino de Dios» consiste, fundamentalmente, en *ayudar a los hombres* a descubrir la presencia de Dios en el mundo, la alianza de Dios, las promesas, los dones ofrecidos por Dios, en ayudarles a descubrirlos, a aceptarlos y a vivirlos en la esperanza de la «consumación». En esto la Iglesia se concentra y se realiza. Toda la Iglesia, clérigos y laicos, antes de que exista la diversificación de vocaciones y de misiones en este tronco común que nos constituye Iglesia, acepta celebrar, vivir y anunciar estos dones de Dios, este Reino de Dios al cual somos convocados.

Esta misión fundamental de la Iglesia y de todos los miembros de la Iglesia tiene una característica o tiene una intencionalidad universal. La Iglesia no vive para sí misma, ni los cristianos como cristianos podemos vivir para nosotros mismos, porque Dios no quiere salvar a la Iglesia, Dios quiere salvar al mundo. Una de las ideas más sugerentes de la Primera Encíclica de Juan Pablo II, fue esa de establecer al arco de la Alianza, de las relaciones entre Dios y el mundo. Dios se entregó por el mundo, quiere salvar a los hombres.

La misión de la Iglesia es para el mundo. Por eso... (...)aunque servir a la Iglesia como clérigos sea una gran cosa, toda la misión de la Iglesia, incluso lo más religioso y por decirlo de alguna manera clerical, no es para la Iglesia sino que es para el mundo, para la sociedad también. El Papa cuando predica, o el Concilio, o el sacerdote cuando celebra la Eucaristía o explica la palabra de Dios no sirve restrictivamente, no sólo al «cogollito» de la Iglesia. Tenemos conciencia, y en eso coincidimos seglares y clérigos, de tener una misión global para el mundo; no conviene separarnos ni diversificarnos en nuestras vocaciones y en nuestras funciones antes de tiempo, porque si no nos empobrecemos todos. Los clérigos nos hacemos clérigos de sacristía desencarnados, alejados y desaten-

didados de las cosas del mundo, cosa que no conviene ni para la predicación ni para el culto, y los seglares corren el riesgo de entregarse demasiado deseclesialmente a un servicio de la sociedad en el mundo en el cual ellos mismos van a empobrecerse y a hacer fracasar su propia vocación de cristianos en el mundo. ¡Toda la misión es de todos!

Todo el ser y la responsabilidad de la Iglesia en relación con el mundo es de todos, aunque cada cual tengamos que hacerlo de una manera distinta en función de la propia vocación y de las responsabilidades específicas. En esta globalidad de vocación hay una solidaridad: *todo es de todos*, y hay una organicidad que no podemos desconocer sin empobrecer luego nuestras vocaciones respectivas: tener siempre presente la metáfora o la comparación de San Pablo al equiparar la Iglesia a un cuerpo. En el cuerpo la vida personal anima la totalidad del cuerpo y la finalidad y las responsabilidades y la creatividad o las aportaciones de la persona nacen de la totalidad, luego cada miembro tenga que aportar su matiz específico a esa misión unificadora de la persona entera. Santo Tomás nos dice que es útil pensar en la Iglesia como si fuera una sola persona mística, ciertamente unificada y vitalizada por Cristo.

De aquí se siguen una serie de cosas, y es que no es posible contar con un laicado verdaderamente apostólico y operante si no tenemos un laicado que sea capaz de descubrir, comprender y cargar sobre sus hombros la misión entera de la Iglesia, sin mutilaciones. Los laicos tienen derecho a saber, a intervenir, a sentirse miembros de la totalidad del ser de la Iglesia, sin cuartos oscuros y cerrados para ellos, sin limitaciones, pero también sin rebajas. Es decir, las mismas exigencias que se piden a un clérigo para que pueda representar a la Iglesia en su ministerio, de manera análoga hay que pedírselas a un laico para que pueda también representar de manera solvente la misión y la presencia de la Iglesia en su propio campo de acción, análogamente por supuesto, pero sin rebajas, en cuanto a formación, entrega, disponibilidad, exigencias, etc.

\*

Acentuando, creo, suficientemente este aspecto común que es el más importante, porque siempre es más importante lo común que lo particular dentro de la Iglesia, ya podemos hablar de las notas específicas. Toda la misión de la Iglesia es de todos, pero cada

uno según su propia vocación, una vocación que está integrada por los dones de Dios, llenos de gracia, por las circunstancias de la propia vida que te hacen descubrir unas necesidades antes que otras, y sin saber por qué te llevan a unas dedicaciones según las necesidades de la Iglesia; precisamente porque todo es de todos, luego todos podemos especializarnos en una función o en otra. En la Iglesia de Dios, que yo sepa, nadie nace crédulo. Todos nacemos ciudadanos de este mundo, luego nos hacen ciudadanos del Reino de los Cielos y después por caminos poco conocidos o imprevisibles de Dios desembarcamos unos en un sitio y otros en otro.

Es conveniente subrayar que esta especificación de camino de vocaciones, no debe negar nunca la globalización de nuestro ser cristiano, de tal manera que nuestro sacerdote tiene que sentirse responsable de todo el acto de la misión de la Iglesia en el mundo y el buen laico también, para crear una osmosis de comunión y de comunicación, de tal manera que cada uno desde su propia vocación se sienta corresponsable del trabajo del otro y aporte al trabajo del otro aquello que de su vida específica, que de su vocación, de su función específica puede hacer en provecho de la vida y de la vocación del otro.

Así, si consideran, si repasan el documento de la Conferencia Episcopal «Católicos en la Vida Pública», al hablar de la misión de la Iglesia en relación con el mundo quisimos tener unos párrafos llamando la atención de cómo los clérigos desde su ministerio sacerdotal y no asumiendo funciones específicas de seglar sino en sus propias misiones específicas de seglar sino en sus propias misiones específicas de clérigo, tienen que tener en cuenta la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo a través de los hermanos que la están haciendo. También los religiosos, también los contemplativos.

\*

¿Cuál sería o cómo expresar lo específico de la misión de los seglares? En primer lugar, yo diría, hay que tener en cuenta para descubrir la radicalidad del seglar, que el seglar es un cristiano de pleno derecho, que la madurez cristiana la da el «sacramento de la Confirmación», el «sacramento de la Eucaristía», la dan los «dones de Dios», y una de las aportaciones o una de las sensibilidades que más intensamente nos trajo el Concilio fue precisamente el poner en primer plano estos elementos comunes del «pueblo de Dios»,

en virtud del cual todos tenemos una plataforma común que nos da el ser miembros de pleno derecho dentro de la Iglesia de Dios.

Este ser miembros de la Iglesia de Dios se cualifica, se modula por las formas de vida de cada uno de nosotros. Lo que hace al seglar seglar es, precisamente, su plena adscripción, presencia, participación en las realidades, instituciones y responsabilidades temporales dentro de la sociedad humana.

Yo querría hacer una pequeña digresión, una pequeña advertencia acerca del modo de manejar estas categorías de seglar y de clérigo que, a veces, se manejan como si fueran categorías absolutas y metafísicas, cuando son categorías casi sociológicas y aproximativas: nadie es del todo sólo clérigo ni solamente seglar. En el mundo, por el hecho de ser cristianos ya no somos de este mundo; el seglar no deja de ser ciudadano del cielo, no deja de situarse en una situación incómoda en este mundo, no puede plegarse a las exigencias ni a las características de este mundo. Los cristianos por el hecho de ser bautizados han muerto a este mundo y han sido consagrados por Dios como ciudadanos del Reino; de manera que la secularidad, la mundalidad de los seglares hay que manejarla con una cierta flexibilidad, y de manera semejante la no secularidad o la no mundanidad de los clérigos tampoco hay que exagerarla porque no somos ángeles, somos ciudadanos de este mundo y compartimos las responsabilidades de este mundo; lo que pasa es que nuestra forma de vida en función de un ministerio, de una disponibilidad nos lleva a reducir nuestras vinculaciones temporales en favor de otras vinculaciones y de otras disponibilidades que hace la Iglesia. No son categorías que se puedan tomar tan en serio que seamos como dos razas distintas dentro de la Iglesia llegando a hacer una excisión tan grande que olvidemos lo común y comprometamos las bases de nuestra unidad y de nuestra comunicación vivificante y permanente; ni es bueno para los religiosos o para los clérigos perder sus dimensiones atenuadas de mundanidad ni es bueno tampoco para el seglar perder sus dimensiones digamos comunitarias y radicales de eclesialidad.

En cualquier caso, lo que caracteriza la forma de vida del seglar es su plena inserción y responsabilidad dentro del mundo. Esto quiere decir que el seglar está llamado a vivir su condición cristiana en los entresijos y las circunstancias concretas, reales, diarias de su realización en las instituciones de la vida diaria y temporal. Ahí es donde tiene que hacer verdad su acogida a la palabra de Dios, su acogida los dones de Dios, su realización de los bienes de Dios y su anuncio, su testimonio, su anticipación del momento.

Yo quiero llamar la atención que la primera transformación del mundo que cada uno tenemos que hacer, somos nosotros mismos. Somos mundo consagrado por Dios y esta es la primera realización, una transformación temporal de la realidad temporal que tenemos que hacer honestamente. Nuestro corazón, nuestros afectos, nuestras relaciones, nuestras aptitudes, nuestras actividades...

Tomando el hilo de lo que decía antes, este trabajo o esta vocación de realizar la misión general de la Iglesia en las realidades temporales en donde vivimos, requiere una formación no menos exigente que la del clérigo, esto es muy difícil de expresar, pero cuando uno estaría deseando encontrar muchos cristianos suficientemente formados, suficientemente dedicados, suficientemente dispuestos para asumir responsabilidades de gobierno en la Iglesia, pero eso tiene costes. Lo que no se puede es quererlo después hacer en plan de hobby... Hay que recorrer las etapas y pagar los precios que estas dedicaciones o estas responsabilidades llevan consigo, en el nivel de formación, en el nivel de conversión, en el nivel de vida espiritual no tan distinta en el fondo de la vida espiritual de los religiosos o de los clérigos puesto que todos los cristianos tenemos un solo maestro y una sola cartilla de espiritualidad que es el *seguimiento de nuestro Señor Jesucristo*.

Por supuesto, se pueden distinguir círculos concéntricos en los cuales el laico tiene que realizar esta misión de la Iglesia. Creo que es importante subrayar la importancia del primer círculo que somos nosotros mismos: todos estamos en las mismas condiciones, todos tenemos el mismo pecado original, la misma gracia... En segundo círculo es la realidad familiar, típica ya del seglar, y es la conformación de algo tan humano, de algo tan profundo como las relaciones hombre-mujer, padres-hijos, hijo-padres, que tienen una transformación por el hecho de vivir en cristiano estas dimensiones profundamente humanas y temporales. La familia cristiana es ya una realización de una realidad humana y temporal en una dinámica nueva con un espíritu nuevo en un horizonte nuevo: *es el espíritu de Cristo y es el espíritu del Reino de Dios*.

El tercer ámbito es el de la profesión. Ya entramos en la proyección del hombre en la vida pública, en un ámbito que requiere esfuerzo de exploración de cómo vivir cualquier profesión que queramos ejercer. Relaciones sociales o cívicas, y por último relaciones políticas o actividades o proyecciones políticas y aquí nos encontramos con un problema difícil ya de doctrina, pero quizá más complejo y más difícil de espiritualidad, de práctica, de realización: es el problema en el fondo de las relaciones entre el Reino de Dios, el espíritu de Cristo y la vida natural de este mundo,

entre la tensión del cristiano hacia el «más allá», que viene a estar presente en cualquier actividad del cristiano porque es constitutivo de nuestra conciencia de cristianos, y el tratamiento que hay que dar a las cosas de este mundo, precisamente desde la esperanza del otro; es el grave problema de las relaciones entre la gracia y la naturaleza, entre la vida del «reino» y la vida de la «tierra», entre el futuro y el presente.

Siempre se ha dicho «*la gracia no destruye la naturaleza*»; quiere decir: la Fe no destruye la Ciencia, ni el amor sobrenatural tampoco destruye los amores, las amistades, las vinculaciones naturales. Se podría concretar y sintetizar un poco diciendo: *tampoco la suple aquí*, la gracia no destruye la naturaleza pero tampoco la suple; la fe no destruye la ciencia, pero tampoco la suple. Pensar que la fe o la piedad pueda suplir la competencia profesional no es un buen cristianismo ni es buena espiritualidad, es más bien beatería. No la destruye, pero tampoco la suple, pero sí la sana, sí la critica, sí la denuncia, la rectifica; y esto ocurre en todo. La Fe sana y denuncia muchas actividades normales en el ejercicio mismo de las profesiones, en cualquier actividad, o competencia, o realización que podamos hacer, no solamente la rectifica sino que la trasciende, la transforma. Me pueden preguntar —por poner un ejemplo—: ¿qué nos va a llevar a pensar lo que significa una espiritualidad y una exigencia de vocación seglar cristiana? ¿Se puede hablar de una medicina cristiana, o se puede hablar de cualquier labor profesional, o un sindicalismo cristiano o una política cristiana, que en el fondo viene a ser lo mismo? ¿Cómo? Pues... Sí y No. Yo me voy a entretener en el SI, porque el NO ya lo dicen bastantes. Por lo pronto, está claro que se puede hablar de un modo cristiano de ejercer la medicina. No es igual ejercer la medicina dominado por los afanes «normales» de la vida, o ejercer la medicina dominado por el afán de hacer el bien al prójimo, desinteresadamente, por ejemplo. Hay quienes buscan ejercer la medicina en aquellas especialidades y en aquellos lugares que dan más dinero y hay otros que con su capacitación proporcional profesional se van al Trópico a ejercerla «de balde». Hay mucha diferencia entre los modos de ejercer la medicina. Ya esto es suficiente para no tener la conciencia tranquila. Pero es que, en segundo lugar, las motivaciones y las aptitudes tampoco son externas a la misma competencia profesional. Se pueden desarrollar unos aspectos de la propia preparación, más o menos según lo que uno persiga en la vida, de manera que la competencia profesional de un señor concreto no es la misma ni atiende por igual a los diferentes capítulos, ni valora igual las diferentes técnicas o posibilidades según lo que persiga con el ejercicio de su profesión; de tal manera,

que a la larga la inspiración cristiana sí que modifica la cualificación profesional de una persona cuando la inspiración cristiana es la que va, verdaderamente, configurando la vida de esa persona también en el ejercicio de su profesión.

Yo creo que este raciocinio vale para todos para la medicina, para la política, para la economía... No se desarrollan las cosas igual, ni siquiera la investigación, no se investiga lo mismo si se persigue una cosa que si se persigue otra. Los presupuestos de investigación no son los mismos si el Estado tiene unas pretensiones o tiene otras.

\*

Después de este planeamiento quizá un poco aburrido por lo teórico o por lo mal expuesto, podemos pasar ya a un nivel inferior. *Exigencias actuales*, en la situación actual de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad, porque las necesidades de la Iglesia nunca son independientes de las necesidades de la sociedad en la cual vive y a la cual tiene que servir. Cómo tendrían que ser, o cuáles tendrían que ser las preocupaciones dominantes de nuestro laicado, o cuáles son las demandas que aparecen desde la Iglesia en relación con esta vocación específica de este laicado de *vivir en y por las instituciones mundanas la vocación cristiana*.

Hay una cosa fundamental... me quedo un poco pensando porque no sé si saltarme una serie de capítulos o no... Yo estoy ya un poco aburrido de hacer análisis histórico-sociales, culturales, de la situación de la Iglesia, pero algunas cosas sí que conviene señalarlas... A la hora de simplificar, veo dos rasgos fundamentales que condicionan profundamente la psicología. Otros muchos se pueden poner, pero a mí me parece que de estos dos rasgos se deducen todos los demás. Yo veo que en nuestra sociedad y consecuentemente en nuestra Iglesia, hay rupturismo generacional. Tratando de buscar la síntesis, el rasgo original que pueda racionalizar y sistematizar otras notas características de nuestro momento actual, llego a esa preocupación rupturista, por una serie de razones. Por razones de las experiencias históricas: salimos de un período histórico bastante homogéneo, la gente quiere cambiar: Por razón del tardío encuentro de adolescente: esto es como un amor adolescente con la modernidad, lo que tiene la sociedad española. Yo encuentro que uno de los rasgos fundamentales de la psicología española social, de nuestra sociedad, es és-

te: *huir del pasado, mirar*, peyorativamente al pasado y mirar fascinadamente todo lo nuevo, todo lo ajeno, todo lo que sea cambio». Por algo alguien, después de muchos estudios, eligió la consigna, la palabra mágica del «cambio», y funcionó.

Hay otra característica ya más cercana a los temas de Iglesia y más profunda que es esta fascinación como consecuencia de la sicología del cambio que sufre nuestra sociedad en torno a lo que sean posturas laicistas. Sin dramatizar, no se puede negar que hoy estamos viviendo en una sociedad dominada por una cultura, y dominada en sentido estricto, dominada por una cultura de *laicismo militante*.

En el discernimiento, y en la acogida social parece que la primera prueba que se le hace a un señor cuando llega es dónde se sitúa en relación con los movimientos ideológicos, políticos, sociológicos, etc., se exige que tenga una norma común en muchas cosas, pero también laicismo. En este mundo es donde tenemos que vivir, con unas consecuencias muy graves: en primer lugar esa pretensión del rupturismo y de la innovación induce a toda nuestra sociedad a infravalorar todo lo religioso, porque la Iglesia, de golpe, se ha encontrado incluida en el «cuarto de los trastos viejos» que hay que cerrar. La Iglesia, la Religión, la Oración, todo lo que sean actitudes típicas del cristianismo, hoy llevan la cruz de cosa anciana, pertenece a ese pasado histórico, del cual mucha gente no quiere saber nada.

Por otra parte, los propios cristianos españoles, acostumbrados a vivir en una sociedad muy protegida, no sé si muy pero bastante protegida, de repente, tienen que aprender a vivir su propia fe sometidos al fuego cruzado de ideologías, prestigios, ridiculaciones, etc. Trabaja todo en contra de una fe que, antes, era socialmente prestigiosa y ahora es socialmente más bien, digamos, «no prestigiosa», «desprestigiada»; con lo cual y entrando ya en concreto, pienso que para nuestro laicado, para tener un laicado importante hoy en la Iglesia hay que intensificar, seriamente, la formación, la fundamentación espiritual y afectiva de la fe.

Hoy, todos los cristianos españoles necesitamos hacer un esfuerzo para ponernos en condiciones de vivir nuestra fe en una situación culturalmente adversa. Esto no tiene remedio. Yo estoy harto de recibir cartas de las Asociaciones Católicas protestando: qué hacen los obispos que permiten que la televisión... Mire usted, no hacemos nada, pero es que tampoco podemos hacer apenas nada. Es decir, no esperen de nosotros que podamos cambiar, rápidamente, el clima cultural en el cual tienen que vivir sus hijos, en el cual tienen que vivir ustedes, en el cual van a tener que dar testimonio de su fe en el trabajo, entre los veci-

nos, o en el cual van a tener ustedes que votar y actuar. Estamos viviendo con el viento en contra. Esto es así y hay que aceptarlo así; aceptarlo no en el sentido de resignarse, sino aceptarlo en el sentido de prepararse para vivir en contra de estas circunstancias, o para vivir en condiciones de soportar y superar estas circunstancias, y hay que perder ese reflejo de... «*tío pásame el río*», tan arraigado entre los católicos españoles; esto quiere decir, que hay un señor coronado de mitra y báculo que va a resolver los problemas.

No vamos a resolver los problemas, y no por cobardía, como dicen, o por conformismos, o por pacatismos, sino porque estamos en otra situación de sociedad y de articulación mundo-iglesia en la cual, las razones hay que darlas una a una, y cada uno tiene que ser una persona de pleno derecho. ¿No estábamos tan contentos porque nos dicen que los laicos son miembros de pleno derecho de la Iglesia? Pues entonces, aquí tenemos todos las mismas responsabilidades. Cada cual a su manera, cada cual en su sitio. Me dirán, «bueno está usted exagerando»... Puede ser que exagere algo, pero vamos... todos tenemos —dicho en castellano castizo «cada palo tiene que aguantar su vela»—, y si ponemos todas las velas sobre el candelabro, un candelabro hermoso, no van a servir de nada. Ningún laicado, verdaderamente, con una madurez religiosa, cristiana, eclesial... ¿que no lo tenemos!

\*

Segundo, necesitamos también aportaciones internas, importantes de la Iglesia. Precisamente, por este corte generacional y cultural que caracteriza nuestra sociedad, necesitamos rejuvenecer la Iglesia. Cosa no fácil, teniendo en cuenta que los clérigos tenemos la edad media de cincuenta y seis años... Pero eso es lo de menos, necesitamos rejuvenecerla mentalmente, necesitamos situarnos entre todos en el mundo en el que estamos, y para eso es importante la presencia, la aportación de pensamiento, de reflexiones, yo diría hasta de estilo de los seglares en la sensibilidad y en las actuaciones de la Iglesia, sin que intentemos cambiarnos los papeles, que yo hago poco caso de eso.

\*

Tercero, y me parece que es lo principal, los seglares tienen que asumir las consecuencias de la nueva forma de estar en el mundo, en esta sociedad de la Iglesia. Me voy a referir nada más a una cosa esquemática. En una situación de estado confesional en el cual nosotros todos prácticamente hemos vivido — no sé si alguno de ustedes habrá nacido antes, pocos después— me parece, las cosas funcionaban de otra manera: había unos acuerdos, había unos reconocimientos, unos apoyos, unos compromisos, unas vinculaciones, en virtud de las cuales, la influencia de la Iglesia sobre la sociedad se daba. Claro, esto es un poco caricatura, porque se hacía de muchas maneras: se hacía en la catequesis, se hacía en la confesión, en la comunión; luego la gente tenía otras convicciones y vivía conforme a una ética... y todo eso era presencia e incumbencia de la Iglesia en la sociedad. Pero, fijándonos sobre todo en el sector de las actividades públicas, la influencia la sociedad se hacía a través de las visitas o de las llamadas entre el señor Patriarca, o el Arzobispo de tal, o el señor Ministro de cual, etc. Se establecía un cortocircuito entre los vértices, en virtud de los cuales, la sociedad quedaba, eclesialmente, tutelada a través de las leyes, de las concesiones, de las ayudas, de las subvenciones, de la buena voluntad mutua que había, a su manera pero fundamentalmente, en la cúpula de ambas instituciones. En una sociedad democrática, pluralista, no confesional, esta presencia de la Iglesia y este modo de influencia de la Iglesia en la tutela ético-moral del bien común es imposible, y, además, posiblemente sería contraproducente. Yo no la añoro. Pero, el estar en otra situación requiere unas exigencias nuevas. ¿Qué exigencias nuevas? Que la presencia y la misión de la Iglesia en el mundo hoy ya no se puede hacer sin la presencia a modo de fermento de la Iglesia en la sociedad temporal a través de sus miembros que se llaman seglares. Es decir, es una frase un poco alambicada, pero lo que yo quiero subrayar es que esto es presencia real de la Iglesia, es decir, creo que esto es más presencia real de la Iglesia. El hecho de que haya un grupo de cristianos actuando cristianamente en una profesión, o en un sindicato, o en un ambiente de barrio... lo que sea... mejor que la presencia de un obispo es en las Cortes. Es presencia de Iglesia en la sociedad si es que, realmente, este señor es de verdad Iglesia y actúa de verdad como Iglesia. Actuar de verdad como Iglesia es hacerse cargo de la misión global de la Iglesia en ese contexto y a través de las posibilidades que la sociedad pone en tus manos. La misión global de la Iglesia que es: primero *ser Iglesia* en tu vida, en tu comportamiento, en tus criterios, en tus actuaciones, en tus actitudes. Segundo, *anunciar*; también el cristiano es apóstol, anunciador de Jesu-

cristo en el boca a boca de la convivencia diaria. No podemos suprimir eso de la misión específica del seglar: «anunciador expreso de Jesucristo», con todas las condiciones de respeto y oportunidad con que las cosas importantes hay que hacerlas.

En tercer lugar, acoger, anunciar, *realizar los bienes del Reino*, en definitiva el reconocimiento de Dios, el reconocimiento de la fraternidad y del amor al prójimo, en las actuaciones pequeñas y grandes que el cristiano seglar tenga en el mundo, en su profesión, en su familia, en sus relaciones interpersonales, en sus decisiones de gobierno. Hoy se habla mucho de las estructuras. Pero a la hora de la verdad uno las busca, y qué son las estructuras, sino por lo menos, las decisiones condicionantes de quéllos que tienen la facultad y el poder de condicionar la vida de los demás con sus propias decisiones. ¿Qué espíritu, con qué espíritu se han hecho esas decisiones? Realmente inspiradas por un respeto, por un amor, por una preferencia, por una sensibilidad cristiana, ¿o no? Esa es la función —yo creo— y la acción transformadora de las realidades de este mundo que es un sector importante de lo específico de la vocación cristiana del seglar. Yo diría mejor, de la manera específica de ejercer su vocación cristiana que tiene el seglar: animación social, transformación social.

Yo diría aquí, una labor de animación social, fundamentalmente a través de la vida profesional y a través de las asociaciones intermedias. Una labor de transformación social, fundamentalmente en tres órdenes de actividades: *educación*, pues transformar la sociedad se hace primordialmente educando, educar es transformar. *Opinión Pública*, que es el gran magma, la gran nebulosa en la cual todos vivimos. Una transformación social que requiere una actuación... En fin, yo me remitiría a algo que explicamos, simplemente, a lo que expresamos o, mejor dicho, tratamos de expresar los obispos en el documento de «Católicos en la vida pública». Verdaderamente, es una de las grandes necesidades que hoy tenemos: el promover asociaciones católicas, ordenada a la acción o a la influencia en la vida social y pública de las mil maneras que esto se puede y se debe hacer, pero, verdaderamente, rejuvenecidas y actualizadas. En el Registro Civil y en el Eclesiástico tenemos recogidas o registradas casi trece mil asociaciones seglares, y uno dice ¿dónde están? Yo no las juzgo, no sé si son muy buenas o muy malas, muy activas o muy pasivas, yo sólo digo que con trece mil asociaciones tendríamos que estar dando «guerra» por todas partes y no se nos ve casi.

Necesitamos una renovación y un rejuvenecimiento no físico pero sí espiritual y apostólico de nuestras asociaciones, de la mayoría. Necesitamos una racio-

nalización de nuestras asociaciones. Que surjan las asociaciones en función de unas necesidades examinadas y que nos sometamos a la disciplina de estar donde tenemos que estar y para lo que haga falta estar. Esto es mucho pedir para los españoles, por lo visto.

\*

Quiero decir nada más una palabra explicando aquello de *asociaciones inspiradas cristianamente*. En aquel documento, hablábamos de que..., en fin, el esquema nuestro era el siguiente: asociaciones de seglares, por supuesto eclesiales, de las que se constituyen con fines que quedan dentro del fin de la Iglesia. Asociaciones civiles que persiguen fines propios de la sociedad civil, y que, por lo tanto, no deben estar en el fichero de los obispos, son asociaciones civiles, pero asociaciones civiles hechas por cristianos tienen que tener un alma cristiana... En estas asociaciones hechas por cristianos, distinguíamos asociaciones confesionales y asociaciones no confesionales. Confesionales en el sentido estricto llamábamos a aquellas asociaciones que en su origen, en sus prodecimientos y en sus productos o en sus actuaciones responden, primariamente, a las exigencias de la inspiración cristiana, es decir, que no están tan condicionadas por las circunstancias que les obliguen a atenuar, a negociar, a tener una estrategia de gradualidad, sino que realmente son Asociaciones que se mantienen con unos niveles de libertad que les permita responder siempre o por lo menos mayoritariamente a las exigencias de la principal inspiración cristiana. Asociaciones no confesionales, aquéllas que por su finalidad universal o por su sometimiento a las circunstancias temporales, aunque tengan una sincera inspiración cristiana, no siempre pueden atenerse a las exigencias originales de esta inspiración cristiana sino que deben crear un campo de contingencia y de provisionalidad; de tal manera, que sus actuaciones no pueden ser presentadas como reflejo inmediato de la inspiración cristiana. Por lo tanto, no pueden ser aceptadas, atribuidas a la comunidad cristiana, ni mucho menos deben ser sometidas a la dirección o a la intervención de los que presiden la comunidad cristiana, porque, en el fondo, todo este tema de la confesionalidad o la no confesionalidad se reduce al clericalismo o no clericalismo, a la dependencia o no dependencia de la dirección comunitaria eclesiástica de estas asociaciones. Entonces nosotros nos pronunciamos en el sentido de que

pueden existir y deben existir asociaciones civiles que sean confesionales. Poníamos algunos ejemplos. Nadie impugna... bueno todo se impugna... pero, no es difícil la legitimidad de existencia de un hospital católico, por ejemplo, o de un colegio católico. Hay otras asociaciones que siendo originariamente cristianas y con inspiración cristiana no deben, no conviene que se presenten como confesionales; ni les conviene a las asociaciones ni le conviene a la Iglesia. Y poníamos unos ejemplos típicos que eran: los sindicatos y los partidos políticos.

¿Qué podemos decir los obispos cuando hablamos de *inspiración cristiana*? Desde luego, no unas vagas declaraciones de prioridad a un humanismo cristiano como contenido cultural, a nosotros eso no nos gusta. Cuando hablamos de inspiración cristiana queremos decir sencilla y llanamente que eso está hecho por unos hombres cristianos, con un cristianismo real, vital; un cristianismo que yo diría fresco no patrimonio cultural del humanismo cristiano, el cristianismo fresco del bautismo y de la Eucaristía y de la meditación del Evangelio y del seguimiento de Cristo. Y que en función de este cristianismo fresco vivido quieren realizar una presencia y una actuación política o sindical, pública, tratando de vivir políticamente su vida teológica de fe, de esperanza y de caridad. ¿En qué? En la manera de comprender la persona, en las actitudes de servir a las personas, en las preferencias por los procedimientos de llevar a la vida política la proyección de un cristianismo real y operante vivido en sus personas antes... en los objetivos, en las actitudes de una vida teológica cristiana vivida en concordancia. Naturalmente, también en los estatutos, también en las finalidades, porque si no estaríamos hablando de la presencia del cristiano en asociaciones civiles comunes no confesionales. Pero lo que se diga en los Estatutos dejará de ser verdad si no hay continuamente una llegada de hombres de refresco con un cristianismo militante que quieran hacerlo real a través de su compromiso político.

Todo esto quiere decir que para que eso sea posible tiene que haber en la Iglesia viveros de estos cristianos, donde crecen estos cristianos con una formación teológica y social, con una experiencia cristiana profunda, con la posibilidad de madurar cristiana y humanamente su compromiso político. Por eso, en el primer documento no, pero en el segundo sí, llamábamos la atención sobre la importancia y necesidad de asociaciones, como ésta por ejemplo, asociaciones eclesiales que tengan como finalidad la preparación cristiana y social de futuros líderes cristianos. Hablábamos de la necesidad de la creación de centros, de escuelas de ciudadanía, en donde esto sea posible, teniendo en cuenta que al formar hombres de

acción no basta sólo la inteligencia sino hay que articular y fundamentar bien las motivaciones y las aptitudes.

\*

Termino diciéndoles unas recomendaciones u observaciones finales. Verdaderamente, creo que no es retórica ni es halagar sus oídos el decir que en este momento de la Iglesia española necesitamos un renacimiento de esta presencia y de esta vocación se-  
glar, sin rupturas, sin enfrentamientos, para recuperar el prestigio social; prestigio en el buen sentido, no el prestigio dominante, vacuo; el prestigio, la credibilidad, el respeto social hacia Dios y hacia la religión. Cosa grave es decir que esto es urgente en España para ofrecer a nuestra sociedad española un patrimonio ético.

co. ¿A dónde irá a parar la sociedad española? En gran parte, va a depender de cuál va a ser la aportación de los cristianos al patrimonio de nuestra sociedad, en su cultura, en su vida profesional y en su vida política. Hay que recuperar entre todos un estado de ánimo —yo lo llamo expensivo—; es decir, tiene que llegar la hora en que la Iglesia española deje de vivir en retirada. Nos hemos retirado de unas posiciones a lo mejor, bien dejadas están, pero hay otras muchas posiciones. Y estas posiciones son: los descreídos, los no practicantes, las actuaciones no inspiradas en la ética cristiana, en la vida profesional, en la vida social, en la vida política. Por temor a que nos digan que queremos recuperar la Iglesia franquista, no podemos vivir siempre en una situación de complejo y de batirnos en retirada. No queremos recuperar nada, queremos, simplemente, ser testigos y constructores, modestamente pero fielmente, del Reino de Dios en esta sociedad nueva en donde estamos viviendo.

!Muchas gracias;



# Meditación

*Excmo. y Rvdmo. Sr D. SANTIAGO GARCIA ARACIL  
Obispo Auxiliar de Valencia*

Voy a comenzar rogando: yo ruego que quienes no me oigan y me quisieran oír me hagan una señal y levanto el volumen de la voz, porque me parecería incorrecto cansarles por excesivo esfuerzo de atención.

Se trata de una *meditación*, yo quisiera ayudarles a meditar. Mala cosa es ocupar el tiempo de la meditación de los otros con un soliloquio en voz alta, pero digamos que esto sea camino para la meditación.

Una asociación cuyo fin manifiesto es el servicio a la sociedad se define de una vez por su Ideario, pero verifica su identidad o enturbia su nombre en ese ininterrumpido acontecer de cada día. Verifica su identidad, positiva o negativamente, según presida los actos personales de sus miembros y las acciones formales de su programa la fidelidad notoria a los principios o el error, digamos el error derivado de la calidad humana, y, qué duda cabe, del pecado original. Esta es la idea, por tanto, de quienes queremos buscar la coherencia entre la práctica y la teoría, entre la vida y la doctrina, entre el Ideario y la realización de los compromisos que comporta, entre la fe que profesamos y el ejercicio de la libertad que se nos ha regalado: consideramos un valor *la fidelidad* a toda prueba y, por supuesto, *la gracia*. A ver si los llamados a ella por la Providencia... podemos ser, ser tan exigentes con nosotros mismos como indulgentes con los demás en este proceso, sólo que, claro, no espere-

mos medir nuestra exigencia con nosotros mismos con esa medida que corresponde a la autenticidad del espíritu que Cristo llamó así, o calificó así: «*limpieza de corazón*». Y la indulgencia para con los otros debe tener su medida, debemos procurarlo, en el amor al bien, al *bien* no al *bueno*, por supuesto, porque hablamos de los otros, no hablamos del «*Otro*», del único «*Bueno*». Por el amor al bien siempre lejano está tan próximo el peligro de bajar el nivel de la bondad o de maltratar el nombre de la virtud.

Vuestro trabajo durante la LXXIV Asamblea General. Se prometió, los papeles lo anunciaban: buscáis en la palabra del Señor el camino, la gracia y el impulso para recorrerlo; lo he visto, ahora mismo, en las aportaciones al trabajo. Por eso, en esta meditación final, quisiera unirme a vuestro camino, sólo así, se podrá utilizar como iniciación. Ofreciendo mi reflexión personal, en voz alta, eso sí, y hablar con el respeto, pero también con el atrevimiento de quien ha venido y sintiéndose acogido, ya a la entrada, como amigo está seguro de ser escuchado con amable comprensión; porque los amigos cuando oyen al amigo se abren al diálogo desde el interior y desechan, de entrada, la esperanza en un espectáculo de ideas.

Aquí quisiera yo aportar, cuanto menos, mi inquietud a ese urgente y permanente proceso de exigencia e indulgencia en el que, como ya se ha dicho, debe

centrarse la necesaria conversión, conversión que hasta en la teología conciliar está significada como condición inherente a cada uno de nosotros al definir al cristiano como «peregrino».

He leído, con satisfacción, vuestro Ideario y he constatado los valores históricos de nuestra permanente identidad cristiana, me refiero a la nueva edición del Ideario. He participado como antes ha dicho Alfonso en alguna de vuestras tareas durante algunos años y he sentido con vosotros la necesidad imperiosa de acercar los planes y acciones propias al plan de Dios, que es la única forma de servir, con elegancia, al desarrollo y la dignificación del hombre como imagen de Dios que es. Es también la forma de aportar lo necesario a la construcción de una sociedad nueva que tiene su plenitud en la comunidad humana — que la sociedad sea comunidad—, al estilo de la comunidad divina trinitaria — comunidad de amor—. Hemos sentido todos y sentimos esa necesidad imperiosa con tal fuerza desde nuestra debilidad que cada día, imagino, nos hemos visto urgidos a exclamar suplicantes, con las palabras que Cristo nos enseñó: «VENGA A NOSOTROS TU REINO, HAGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO». Quisiera que fuera ésta hoy nuestra plegaria al terminar nuestro encuentro: esta visita con una gracia especial del simple nombre de asamblea para que Dios nos conceda la gracia de recorrer, con esfuerzo, pero también con dignidad el camino que El nos ha señalado. Todo esto hasta hacer de su VERDAD, con mayúscula, la verdad misma de la Asociación y de sus miembros. Ya que, somos llamados a alcanzar el ideal propuesto por Jesús hasta ser santos como el Padre celestial es santo; y ya que hemos sido convocados a ser «sal de la Tierra y luz del mundo», necesitamos tanto la bondad del corazón, que se concreta en las buenas intenciones, como la fiel formación, que sólo alcanza a quien consigue entender que se participa de la verdad cuando se une al esfuerzo de la inteligencia la humilde aceptación de la verdad de Dios. Quien descubre, en la experiencia mística, de la mano de la Iglesia que es madre y maestra de los hijos de Dios, que la verdad divina no es puro concepto. Eso lo sabemos, pero se ha de descubrir desde la experiencia mística: no es puro concepto sino vida y la vida no es la simple existencia razonable sino la participación de la Gracia. Esto es la verdad que nos alcanza, sabiendo que se acierta en la acción evangelizadora cuando se vive en Dios. «VIVO —dice San Pablo— PERO NO YO, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MI».

Toda esta vida lleva a la trascendencia salvadora... que se siente un lazo capaz de unir como necesidad y como proyecto la inmanencia en que estamos y la

trascendencia en que somos creados y a la que somos llamados. Es capaz de unir lo terreno y lo celeste, la búsqueda peregrina de la plenitud y esa ESPERANZA, con mayúscula, de que la plenitud es para nosotros. Así lo entendió San Teresa y uniendo su arriesgado compromiso, como ustedes saben, y no sólo con eventual sino temporal, exclamó, con expresión poética, manifestándolo así: «VIVO SIN VIVIR EN MI Y TAN ALTA VIDA ESPERO QUE MUERO PORQUE NO MUERO», que no implica una intención suicida ni siquiera en el deseo.

\*

La Asociación, en su Ideario, manifiesta tener como objetivo, «LA REFORMA DE LA SOCIEDAD SEGUN LA UTOPIA CRISTIANA». Y también su empeño en la mejora de las instituciones y estructuras sociales según las exigencias del Reino de Dios. Para esta misión, nada tendría la Asociación y mal servicio le harían sus miembros si la fuerza de su acción no radicara en la fuerza de su unión a algo divino.

En ese supuesto negativo, no querido ni en este caso probable, fácilmente podría pasarse desde una querida acción evangelizadora a esa frontera donde la acción humana, ansiosa de azares que la apoyen, podría peligrar y apropiarse indebidamente el título de evangélica, aunque se estuviera acercando demasiado el Evangelio a lo que podríamos llamar pura ética de lo inmanente.

La dura crisis que todos hemos sufrido, de quien pretende ofrecer al mundo, desde esta perspectiva buena, horizontes de salvación, y al ponerse a la obra, se encuentra a unos hermanos encorvados sobre sí mismos y, aparentemente, incapaces de erguir su figura y levantar la mirada. Crisis que hace sentirse, por ello, como una voz sin palabra para el mundo. Cuando se vive esa crisis, sólo se supera y se cambia en actitud de servicio para el hombre cuando se transforma en esperanza sobre la propia cruz que supone esa crisis, en tanto el hombre por estar unido a Dios se ha dejado exclamar como Cristo: «PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU».

Esto exige creer en Dios más que en sí mismo. Esto es así, si no, no nos confesaríamos, no habría motivo. Esto exige creer en la Divina Providencia más que en la estrategia humana, sin abandonar la seriedad que tiene la estrategia humana. Esto exige creer en la verdad que sólo Dios sabe, no la nuestra. Esto exige creer en la verdad que sólo Dios sabe más que

en la razón que nosotros atisbamos. Y para mantenerse así en la brecha sin evasiones angélicas», que sería un peligro, es necesario aceptar el misterio de los «camino de Dios» que se unen, o que unen sendas aparentemente divergentes, esas sendas donde después sale Cristo diciendo: «SIN MI NADA PODREIS HACER», y esa otra, que parece opuesta, expresada en el Libro del Génesis donde Dios mismo habla con estas palabras: «Vosotros, dominad la tierra». En la convergencia de estas dos sendas que no se adivina sino que se descubre y que no se descubre por la sola razón sino por la fe, entrega, entrega de criatura confiada, hay y puede valorarse el auténtico sentido de la autonomía de lo secular. Otra cosa podría ser la pedantería de lo secular que no tendría más trascendencia si no terminara encerrándose en el escaso y asfixiante límite de sus propias manías.

\*

La tarea evangelizadora que habéis aceptado como vocación, vocación divina, y que asumís creyendo firmemente en los dones con que habéis sido, hemos sido, cada uno enriquecidos es tan difícil, hay que reconocerlo, como urgente. Tan urgente, como bella; y hay que estar convencidos de que es bella y no de palabra. Es tan eclesial como nuestra, tan arriesgada como apasionante, tan necesitada de valor como de humildad, y exige de nosotros tanta competencia humana como fe, tanta confianza en nosotros mismos como fe en Quien lo puede todo en todo. Tanto amor al hombre como a Dios, y tanta creatividad como fidelidad. Una vida religiosa que ha de dar luz e impulso a tan difícil tarea, se fundamenta a partir del bautismo en la conciencia de que Dios nos quiere y nos quiere con un amor infinito, amor infinito hacia nosotros, por encima, hemos de creer esto, por encima de toda apariencia contraria y de todo sentimiento personal distinto. Sólo la profunda persuasión de que el amor divino, gratuito y salvador, es anterior a todo e incluso anterior a nosotros mismos, si es ese mismo amor el que nos ha enriquecido confiándonos esa difícil responsabilidad que tanto riesgo exige, nos llevará a que rele con auténtico amor, con amor firme. Amor que no dependerá en nosotros, ¡ojalá!, del agrado de la imagen divina que captemos en cada momento ni de los dones que en cada circunstancia seamos capaces de entender que tenemos o que hemos recibido...

Si el amor que Dios nos tiene pasa por encima de nuestros pecados y no disminuye por ellos sino que

toma formas de entrega hasta el límite, como se muestra en la cruz, nuestro amor hacia Dios, contemplando el suyo, y he dicho contemplando no he dicho sólo sabiendo, ha de ser o ha de tender a ser incondicional y constante, generoso y progresivo. Es urgente en nuestro mundo creyente la purificación de los motivos de nuestra fe en Dios, de nuestras referencias a El, y de nuestra aceptación amorosa de su ser personal, porque abundan más los que sitúan a Dios en el ámbito del rico limosnero, del fuerte defensor y del magnánimo indulgente —y hay que pensar que alrededor de todo esto puede haber algo de verdad— que en su propio lugar de Padre; y con nombre de santo, porque estamos acostumbrados a mirarlo por lo que recibimos, o sentimos que recibimos, y no buscando lo que es; y El se define como «El que es». Por eso, muchos necesitan constatar sensiblemente el perdón como condición para quererle... Muchas veces queremos verificar desde nuestra perspectiva, que no alcanza más allá del sentimiento, y a lo sumo de la razón. Por eso la autosuficiencia muchas veces soñada o ingenuamente creída, y la ausencia progresiva de la conciencia de pecado van reduciendo el lugar de Dios en la vida del hombre con la satisfacción de quien abandona la indignancia de una infancia que recuerda vergonzosa.

En cambio, si reconociéramos a Dios como Padre, como origen y meta de nuestra existencia, todo lo otro lo reconoceríamos también llegado de su mano, también las otras responsabilidades. Por tanto, también, como el espíritu sencillo y limpio de Francisco de Asís o el salmista entusiasmado daríamos gracias al Padre de las Luces, Señor de las Misericordias y Dios de todo consuelo; y como sigue diciendo el texto bíblico «hallaríamos consuelo en todas nuestras tribulaciones», «mantendríamos el tipo» en la lucha. Se siente la soledad grave para el hombre que todavía no cuenta con Dios al sentirse solo en sí mismo, cuando se constata la ausencia de ese «poder», entre comillas, atisbado o soñado en el que el hombre había cifrado su identidad frente a Dios.

Ser testigo de Dios en Jesucristo es ser testigo de la divinidad de Jesucristo, o sea, del hombre que vivió en la Historia, es decir, la divinidad del hombre que vivió en la Historia. Por eso debemos ser testigos de un amor infinito que es lo único que justifica la presencia de Jesucristo en la historia al modo de Jesucristo. Porque Dios es amor, como dice San Juan, y un amor que por ser infinito es permanente, que por ser personal es dialogante, que por ser paternal será volcado al servicio del crecimiento de sus hijos que somos los hombres. Amor que por ser divino es divinizante y nunca alienante de la realidad humana.

Quien acepta por la fe que el Señor nos ha creado

por amor y por amor nos ha redimido, ha de vivir una fuerte ansia, no ansiedad, ansia de conocerle y le buscará esperanzado (palabras de vuestro Ideario). Y terminará queriéndole y, por ello, aprendiendo respetuosamente de su palabra. El camino de la propia libertad es la autonomía más grande de nuestra realidad personal.

\*

También en la búsqueda de Dios ha de purificarse nuestra actitud y afianzarse nuestro testimonio frente al mundo. Quien busca empeñadamente a Dios ha de saber que camina seguro hacia el encuentro con Dios mismo, con su ser personal, no con una pura imagen o concepto o definición: con el único a quien verdaderamente podemos llamar Padre. No limitemos la búsqueda de Dios, pues, a la pura curiosidad por bellas descripciones teóricas ni a las ansias de vivificar su presencia en signos que gostaríamos que la acompañaran, ni por las sensaciones de agrado que sospechamos y deseamos podrá producir en nosotros ese encuentro. Dejemos que Dios se defina en el encuentro y defina el encuentro mismo. No limitemos a Dios, sólo El es El que es, sólo El configura el encuentro por sí mismo y nos transforma al hacer en ese encuentro de nuestra propia soledad comunidad de amor. Convirtamos nuestra búsqueda en un denodado esfuerzo para abrirnos a la sorpresa del misterio en el encuentro con Dios.

Así, lejos de pretender ajustarle a nosotros sometiéndole a lo preconcebido, sería El quien nos transformaría y nos trascendería abriendo nuestra realidad a los horizontes de su grandeza divina. Esos horizontes son los únicos que pueden constituir el marco ajustado de la transformación universal que deseamos, porque sólo en Dios serán posible los cielos nuevos y la tierra nueva. A esa construcción estamos llamados como pueblo de Dios en marcha y a esa construcción habéis aceptado como carisma la supuesta llamada de Dios al establecer vuestra identidad como Asociación.

\*

Por grande que sea el proyecto humano, si no se abre al horizonte divino, encierra al hombre sometiéndole a su propia limitación y el hombre de hoy necesita, especialmente, la apertura a la trascendencia. Decepcionado como está ya de sí mismo y angustiado... y es que no se ha enterado que su corazón, como dice San Agustín, está abierto al infinito.

El hombre moderno, como dice el documento «TESTIGOS DE DIOS VIVO», previo al que ustedes han comentado hoy, ...el hombre moderno se siente tentado hoy de ateísmo y agnosticismo tanto por la excesiva admiración de sí mismo como por el sentimiento de frustración y escepticismo que le produce la experiencia de sus propios fracasos. Bien, pues es necesario desvelar al hombre la grandeza de su condición divina... que es apóstol cristiano el que es testigo de la grandeza del hombre. Para que así ratifique su éxitos; por otra parte, no vea en sus fracasos el límite de su esperanza.

El proyecto cristiano, que muchas veces a ese hombre que nos escucha y a nosotros mismos, quizá en tentación, nos puede parecer inalcanzable, debe ser vivido por nosotros y ofrecido, y ¡ojalá! por nosotros y por ellos, como el único, no como posible sino como el único proyecto adecuado a la esencia del hombre. Nos dijo Cristo que era Maestro nuestro, que era camino, que era luz, que era vida nuestra, revelando su identidad divina desde la trascendencia oculta y lejana, y desde la Encarnación, desde las calles de Galilea, desde su historia que compartió con la nuestra, como una misma historia. Lo manifestó desde su humanidad asumida por la divinidad, en unidad de persona, en inseparable vínculo de recíproca fidelidad como la auténtica y definitiva alianza entre Dios y el hombre, como la perfección del hombre histórico, como el proyecto histórico del hombre. Quiero subrayar esto: no como el proyecto celeste sino como el proyecto histórico del hombre cuya plenitud hará alcanzar al final de los tiempos, pero que se alcanzará sólo por lo que se ha sido, por lo que haya sido este encuentro histórico entre Dios y el hombre. En cada uno de nosotros y en la sociedad, gracias a su gracia pero también a nuestra libertad, gracias a su misericordia pero también a nuestro empeño, que ha de hacerse vida en unidad.

«Desde que Cristo se encarnó el camino imprescindible hacia Dios es el hombre mismo... —frases de Juan Pablo II—. La convicción de que el proyecto cristiano del hombre, que tiene como objetivo, así lo he dicho, la dignidad ofrecida por la encarnación, es posible al hombre, puede abrir el corazón de nuestros hermanos al entusiasmo por lo auténticamente digno y el ánimo a la esperanza que le mantenga en el camino. Yo creo... es que no nos hemos acabado de

entusiasmar de que lo que tenemos por la gracia de Dios es lo bueno... ¿Me perdonan si digo que tengo mis dudas de que en todos nosotros sea así? Si tuviéramos con nuestra fe el mismo entusiasmo que un niño con un dibujo que acaba de hacer en la escuela... cortaría la conversación de sus padres y de los vecinos para enseñárselo. ¿Me he dejado entender?

Habría en nuestra vida empeño optimista en la tarea científica, económica, familiar, política y religiosa, etc., como la tarea que se reconocería desde su origen divino lanzada a la transformación del mundo a través de esa historia que como historia del pueblo de Dios hacemos, haciendo esto en cristiano.

\*

Es necesario en nuestro mundo entender que la esperanza cristiana no depende de optimismos temperamentales, no se alimenta de providencialismos angelistas. No tiene que ver con el éxito o el fracaso de nuestras estrategias, sino con la seguridad de que al que hace lo que puede de su parte Dios no le niega su gracia, y la Iglesia algo hace, naturalmente, y cada uno de ustedes y yo, cuando actuamos, actuamos como Iglesia.

Esa gracia que es capaz de hacer de las piedras hijos de Abraham, está presente en nuestra historia. Y esa gracia es capaz de hacer de la creación un campo donde el hombre siembre para sí, de camino hacia Dios, con toda la enorme potencialidad que recibió de Dios por ser creado a su imagen y semejanza.

Es necesario también que los hombre como auténticos apóstoles del Evangelio presentemos a Cristo crucificado como el mismo que ha venido al mundo con la Resurrección y aquel que resucitó como el mismo que fue crucificado. Porque quien no acepte, o no incorpore, o no entienda la Cruz de Cristo como la suerte de todo aquel que lucha por la transformación de lo que es duro de transformar, y aquí tenemos el mundo como ejemplo, no podrá nunca esperar la resurrección en la vida de Cristo...

Y quien llamándose cristiano y aceptando el evangelio a medias como una simple fuente de beneficios, no llegara a negarse a sí mismo sería el más desgraciado del mundo, porque ni podría encontrar ese sentido real del dolor que salpica nuestra historia, ni podría culminar la historia según la promesa en la que espera, le faltaría el horizonte, el camino y la energía para recorrerlo.

Mas, queridos amigos, si me permiten que les ha-

ble así, desde nuestra condición de bautizados les invito a mirar a Dios como Padre. No es esto ninguna beatería de infancia previa a la primera comunión, es la expresión última de Cristo en la cruz.

Desde nuestra condición de creyentes os invito a meditar en el amor a Dios, que amándonos primero nos hace capaces de amarle con gratitud y sin egoísmos. Desde vuestra condición de hombres lanzados a la acción transformadora del hombre y del mundo en sus más complejas estructuras os invito a la contemplación sosegada, humilde y expectante, capaz de renovar permanentemente el marco de vuestros proyectos. Desde ese encuentro que en ella se da entre Dios y cada uno. Desde nuestra condición de cristianos hijos, de la Madre Iglesia al tiempo que miembros de esa Iglesia como Pueblo de Dios, os invito a la fidelidad a la Esposa de Cristo, sin condiciones previas, sino con la generosidad propia del amor. Desde vuestra condición, nuestra condición de apóstoles, os invito a no descansar —como predicó el Apóstol Pablo— hasta que veáis impresa en vosotros y en los hombres la imagen de Cristo y Cristo Crucificado. El es el único que está a punto de resucitar. Porque sólo entonces seremos capaces de resucitar nosotros y llevar a los hombres a la esperanza de la resurrección.

Como presentes en el mundo pero no configurados con él sino con Cristo, os invito a trabajar según vuestra identidad para que el mundo sea en todos cada vez más huella de Dios. Desde nuestra condición de hombres empeñados en la fidelidad a la alianza pero pecadores necesitados de misericordia, os invito a vivir cada vez con mayor religiosidad y gratitud el misterio de la Eucaristía, participando realmente del sacrificio y del sacramento de la nueva y definitiva Alianza, que así se llama, y también del sacramento del perdón. Desde mi condición de amigo, de hermano en la fe y de ministro del Señor en la Iglesia, haciendo más las palabras del Apóstol de las Gentes, a vosotros que vivís en medio de la gentilidad y estáis llamados a ser sus apóstoles, os digo, por Cristo os lo pido, cada día mas, «dejaos reconciliar con Dios». Desde la condición de hijo y ministro de la Iglesia a vosotros que compartís la misma suerte de hijos y ministros de la Iglesia, sólo que en vuestro propio campo y a vuestro modos os invito a entender que toda vocación cristiana es una llamada a que cada uno contribuya a la edificación del Reino de Dios como Iglesia, nunca frente a la Iglesia o al margen de ella. Mantened esta actitud crítica, seriamente crítica para con la Iglesia. Ella la necesita y le hace mucho bien. Pero mantenedla con la misma limpieza y rigor que entendéis, entendemos, deberíamos vivirla, esa crítica. Mantened vuestros compromisos en el mundo con todo entusiasmo a sabiendas de que a esos compro-

misos habéis sido llamados y capacitados por la gracia de Dios que ha obrado en vosotros, ciertamente, mediante el Bautismo. La Iglesia, madre fecunda de muchos hijos, Esposa de Cristo a la que El hace extensiva a través de la historia su propia misión, siendo El, Cristo, en ella y con ella un único sujeto activo, como lo fue unido en el tiempo como Hijo de Dios a la naturaleza humana. Y así nunca se puede decir Cristo sí, Iglesia no.

\*

La Santísima Virgen que fue instrumento fiel desde su libertad responsable en medio de muchas tri-

bulaciones, para que Dios estuviera presente en la historia y fuera salvador de los hombres, nos haga capaces de poner nuestra libertad al servicio de la presencia de Cristo en un mundo atribulado y ávido de salvación.

Si comenzamos nuestra meditación pidiendo al Señor que viniera a su Reino y se hiciera su voluntad, al afianzar en nosotros la conciencia de nuestra gran responsabilidad y la necesidad de la gracia, del perdón y del renovado espíritu evangelizador, os invito a que vosotros interiormente... todos interiormente, terminemos esta Asamblea en su momento, terminemos cada día, si es posible, invocando la intercesión maternal de la Santísima Virgen y haciendo nuestra, una vez más, esa plegaria *SANTA MARIA: MADRE DE DIOS, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE.*